

Pregón 1990

*Pronunciado en la iglesia parroquial
de Santiago en San Francisco,
el sábado, día 7 de abril*

Fernando Güemes Díaz

TODOS LOS ENCUENTROS. EL ENCUENTRO

Rebajemos con el agua de la verdad la generosa presentación de que acabo de ser objeto, única fórmula magistral para no caer en el engaño de creer que quien os habla es más de lo que siempre fue: uno de tantos, uno de aquellos niños de la guerra que tuvieron la fortuna y la ventaja de recibir estudios, pan y amor. Uno de tantos...

Por aquel tiempo quemaban las iglesias. Y fué entonces cuando Sarita de Babeu me trajo a esta misma pila bautismal para hacerme a un tiempo cristiano y vivariense. Favores ambos que necesitarían de dos vidas para ser pagados. La mujer que me trajo aquí desconocía las palabras de Rilke "el hombre nace circunstancialmente en cualquier parte y luego, con el paso de los años, crea para sí mismo una patria". Desconocía las palabras, pero intuía su alto significado. Sabía que estas calles vosotros habríais de ser la patria de mi infancia, única patria válida en toda la historia de un hombre, de uno cualquiera.

Quemaron las iglesias. Los unos quemaron las iglesias... y los otros en injusta y desmedida represalia, quemaron lo imposible, quemaron el lenguaje. Y es por eso que os hablo en una lengua que no es de este reino, que no es de este país, cuyos habitantes, como las aves de los jardines de Samarkanda, cantan en dos lenguas, una de oro - enraizada en su corazón y otra de plata, para uso y cortesía con extranjeros y bárbaros del sur.

Es en esta lengua de plata en la que os hablo, y lejos de ofenderos con el sonido artificial de un gallego al uso, prefiero pedir perdón por una ignorancia de la que solo es culpable aquella malhadada disposición que en los años oscuros nos privó de tal riqueza.

Con respetuosa humildad os hablo en el idioma que más directamente conecta con mi pasado. Plata vieja castellana, herramienta de mi trabajo de sanador con la que no quisiera cortarme hoy, en esta ocasión, en este mi gran momento de haber sido investido pregonero, último grado de un escalafón que solo por vuestra generosidad ha venido a saltarse otros grados intermedios: tales el de cofrade, prohombre, personaje notable de las artes, caballero del cuarto poder, político rampante o influyente mecenas.

Y sin embargo... yo he sido entre estos muros nada menos que ayudante de monaguillo. Me son familiares rostros, vestiduras y clavijas de los santos que nos rodean, pues habéis de saber que del grado ínfimo de ayudante llegué muy pronto al de escalador de altares y limpiador de floreros. El agua corrompida de un jarrón



FOTOGRAFÍA: FOTO PRIETO

de crisantemos, su olor, representa para mí lo que para Proust su magdalena: un retorno, una búsqueda del tiempo... de aquel tiempo.

Aquel tiempo, cuando la Semana Santa era Semana de Pasión y el luto algo más que un color negro. Tiempo muy distinto a este de hoy, atormentado por su propia falta de sentido, tiempo en que el hedonismo ha vaciado las arcas del espíritu y endurece el corazón de los hombres. Ya a nadie extraña que cuando va a morir Dios, el mundo esté de vacaciones.

Tiempo este de hoy para negar que la religiosidad haya quedado relegada a la intimidad de las personas, como oficialmente se nos ha hecho saber. Tiempo de pregonar sin arrebatos, sin dejarse embriagar por la nostalgia; colocando acentos y fijando tintas para que estas palabras de invitación a compartir esta gran fiesta no suenen a propios y extraños como ya dichas, y, dichas y sabidas, faltas de sustancia.

Un pregonerío no tiene títulos. Es cierto. Se dice y basta. Pero si hubiera de llevar alguno, yo le pediría a Cortazar en su gloria el de "todos los encuentros. El Encuentro", por creer de buena fé que en la mañana del Viernes Santo, en la plaza mayor de esta ciudad, tienen lugar algo más que una bellísima manifestación de teatro sacro, algo más que un retablo con figuras, un retablo de lágrimas, cuadratura misma de la emoción. Un drama, si, un drama de santos articulados viejo como la historia misma del pueblo, y al cual ni los más acendrados galeguistas y doctores de la lengua han conseguido rebautizar en vernáculo.

Al aire del Encuentro, todos los encuentros.

Los vivarienses se encuentran. Por la Tau templaria de sus tres caminos vuelven a la ciudad los hijos de la Diáspora. Vienen cumpliendo el rito del retorno a sus orí-



Directiva de la Piedad y representantes de Viveiro y su comarca en Cuba, 1951



Presidencia Piedad, 1974

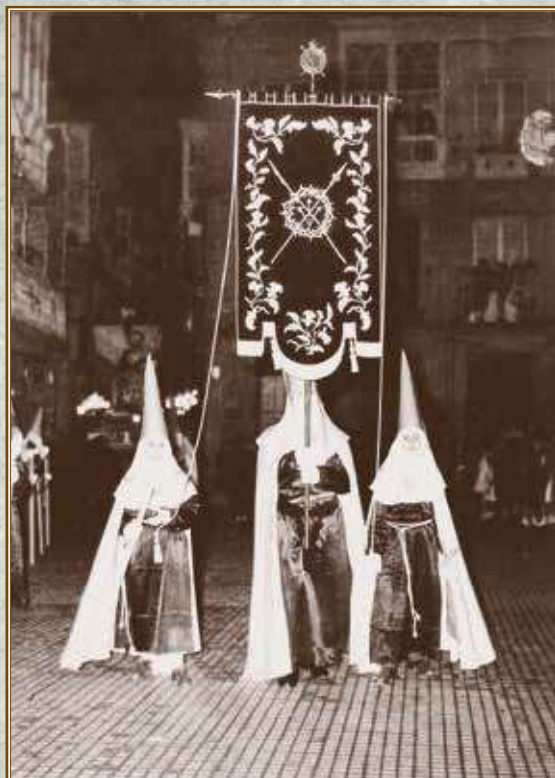


Procesión de la Pasión, 1974



Procesión de la Pasión, 1960

ARCHIVO: FOTO CARLOS



Estandarte Piedad años 70

genes, a la familia —reducto de intimidad e intrahistoria personal—, a los amigos — puerto franco, plaza abierta a la confidencia—, a los vecinos mismos —fuente de la más limpia de las emociones tribales: pertenecer, ser de aquí.

Los vivarienses se encuentran al filo de la Semana Santa y secretamente refuerzan su capacidad de grupo. Crecen hacia adentro, que es forma sabia de crecer.

Hay quien llevado por su entusiasmo arrastra tras de sí otras gentes con la intención de deslumbrarlas. Hay quien vuelve con los suyos para enseñarles lo que ya saben, que es bueno volver y encontrar. Hay quien vuelve solo, momentáneamente solo, para matar su soledad en la primera calle, con el primer saludo. Nada hay que contar, nada es nuevo. La comunicación se llevó el encanto de las noticias y hasta la propia llegada se va produciendo de modo anárquico. La comunidad, que es altamente permeable a la sensación de retorno, sabe quien ha venido y quien no ha pasado del simple deseo y está en la ausencia, reviviendo.

Los vivarienses se encuentran. Prodigioso encuentro el del hombre con los suyos, cuando los suyos son toda una ciudad.

Quien nos visita por vez primera, y lo hace precisamente en estos días en que la piedra es más piedra y la campana más voz que bronce, recibe la impresión de haberse extraviado en un amable laberinto rabiosamente romántico: la sonrisa de cristal de sus galerías entre el espejo delirio y la estola de los montes, las calles estrechas, tortuosas, las conversaciones cantadas en la más dulce de las lenguas... y para que nada falte, la persistente huella del románico, el gótico y el plateresco bajo la lluvia mansa, el sol o el artificio de la noche son carta

garante de que acaba de entrar en un pueblo con historia.

Voluntariamente extraviado en el laberinto, pasará los días y las horas hechizado si es alma sensible. Un bebedizo de hospitalidad le será escanciado tan generosamente que cuando haya de abandonarnos jamás ha de olvidar este lugar. Tan es así que ha de volver, tan es así que es muy posible que aquí se quede para siempre y adopte los modos y maneras del vivariense.

Cada hombre tiene su momento. Hay quien nace decidor de sus pesares y hay quien nace “caladiño”. Muchos son los momentos de esta Semana Santa en que el vivariense va a ser traspasado por sus creencias y tradiciones, pero ninguno como éste de la mañana del Viernes en su Plaza Mayor.

Y es prodigio que la tal transfixión suceda a la luz del día y en ausencia de músicas, inciensos y luminarias; a cielo abierto, y sin más hilo conductor que la voz de un curafraille, el pueblo es un niño que escucha un relato, una historia de amores y suplicios cuyos pormenores son tan conocidos como los arrebatados términos, inflexiones y silencios del orador—siempre distinto, siempre el mismo. Predicar el Encuentro es sueño antiguo que vive en la memoria de los niños, aunque niños y adultos sepamos muy bien que El Encuentro no se predica, el Encuentro se interpreta, se ejecuta, y de tal ejecución van a ser a la vez público y jurado los vivarienses. Es su parte en la representación. Es su parte activa y bien activa, que desde hace más de cien años toda la Semana Santa y sus actos les pertenece como legado al haberles sido transferida la responsabilidad de supervivencia y el mantenimiento de sus valores internos. Hace más de cien años que el pueblo de Vivero heredó su Semana Santa...



Primera salida de la Piedad el 31 de marzo de 1945

Era otro treinta y seis, el de mil ochocientos, cuando los españoles habíamos comenzado a matarnos, según costumbre, en nombre de Dios, la Patria y el Rey. Para subvencionar los gastos de aquella otra insensatez, de aquella otra guerra civil de carlistas y cristinos, el ministro Mendizabal tuvo la funesta ocurrencia de desamortizar los bienes de la Iglesia y ofrecer piedras y tierras en falaz y pública subasta, como lo son todas las subastas desde que el mundo gira. Item más que la tal desamortización era invento antiguo, cosa de herejes, y si había dado algún resultado en la Alemania de Lutero y en la Inglaterra de Enrique VIII, y si acababa de tener éxito en la Francia napoleónica, aquí, según costumbre, fue un desastre que hizo más ricos a los ricos y dejó a los necesitados con más hambre, si cabía, de justicia retributiva.

Lo cierto es que acabado el año la estricta norma y su cumplimiento alcanzaron a nuestros conventos franciscanos y dominicos. Aquellos dos reductos de cultura hubieron de cerrar sus puertas y acallar sus campanas.

Lloraron las imágenes, el viento y la lluvia arrancaron de los muros los decretos. Lloraron los vecinos la marcha de sus queridos religiosos... y el pueblo se dispuso a hacerse cargo del legado cultural de la Semana Santa. Los seglares, organizados en una orden Tercera Franciscana y una Compañía del Santo Rosario dominica, aceptaron la herencia. Por este ensalmo la Semana Santa Vivariense se hizo más popular y, dicen, menos canónica.

Un sabor de seglaría trasciende desde entonces en todos sus actos; mester de seglaría que vino a organizarse, pasados los años, en esto que aquí veis: una serie de colectivos animosos y desinteresados, sin más afán que el cuidado de la tradición y siempre, siempre, al mar-

gen de imitaciones y competencias. En sus orígenes los lábaros y estandartes que me respaldan no son otra cosa que el pueblo instituido en cofradías. Mester de seglaría orgulloso sin vanidad, convencido hasta la médula de que en parte alguna de la cristiandad hay nada que pueda siquiera recordar en sus formas al Encuentro. Hay, si, representaciones de la Pasión y Autos sacramentales y lucimientos varios sobre tablados, arropados de bambalinas y proyectores, con un público aleccionado por autoridades oficiales y agencias de turismo. Hay otras plazas, hay otros actos, otras procesiones, pero solo hay un Encuentro... y él vivariense, que lo sabe, lo tiene por joya de su corona.

Joya tan antigua que allá por el siglo V, la monja gallega Egeria, peregrina a los Santos Lugares, recogen en sus notas de viaje una celebración de la Semana Santa en Jerusalén, y lo hace con acentos tan localistas que vale este su cuaderno de bitacora como rastro por el que adivinar la existencia, ya en aquellos años, de un esbozo de drama sacro aquí en su Galicia.

Orígenes remotos los del Encuentro, que son muchos y muy eruditos los documentos que avalan los orígenes litúrgicos del teatro. Innumerables, los relativos a la dramatización de la Pascua. No los citemos, no caigamos en la tentación, dejemos dormir un sueño a Gómez Manrique y sus lamentaciones hechas para la Semana Santa. Fijémonos solamente en que en la citada obra los personajes son los mismos que los del Encuentro.

Eran los años de mil y cuatrocientos. A los ojos de Isabel de Castilla asomaban tal vez las mismas e iguales lágrimas que, mal contenidas, asoman a los ojos de nuestros espectadores del viernes santo. Don Fernando



Niños atributos de la pasión, 1958



Santísimo Cristo de la Piedad (Libro Pregón 1947)

miraba a otra parte y se distraía en cavilaciones e intrigas por que no viesen sus allegados la humedad de sus ojos. La Corte Itinerante de Castilla se guardaba muy bien de romper la observancia que Alfonso X el Sabio impusiera en sus Siete Partidas de que “tales representaciones se deben fazer apuestamente e con gran devoción e en las grandes ciudades donde quieran obispar y arzobispos y con mandato de ellos o los que tuvieran sus veces”, y no “en aldeas, ni lugares viles ni por ganar dinero con ellas”.

Orígenes remotos los del Encuentro, más acá sin duda de los Autos Sacramentales de los que decía el Rey Sabio que movían al hombre a hacer bien y tener devoción; más allá, no cabe duda, del florido Siglo de Oro, tal vez en el Renacimiento se sentaron las bases de estas representaciones a pié de calle ¿quien lo sabe?. La historia de los conventos vivarienses y su costodia de la Semana Santa no tiene lugar precisamente en una noche de los tiempos. Sin embargo hubo demasiadas noches en esta España nuestra, demasiadas oscuridades que deban ser desveladas por estudiosos. No es este el momento de hacer erudición, que de pregoneros eruditos está empedrado este crucero. Pregonero a tus pregones.

Y pregon, digo, sostengo que El Encuentro es una de las más raras manifestaciones del teatro religioso en Occidente, que es el más valioso legado cultural heredado por este pueblo y que es joya de su patrimonio.

Y digo y sostengo que es teatro, y como tal hay escenario, público, actores y director de escena y de todos ellos haremos mención en el orden que más convenga asu atención y a mi escaso ingenio.

Hubo un tiempo en que la representación contó con un director escénico. Lo tiene todavía, aunque su figura se mantenga en el más estricto anonimato. El es quien da los últimos toques, dispone vestiduras, rige tiempos y se ocupa de la guarda y custodia de las imágenes actores.

Pero allá en los otros noventa, acabando el siglo, hubo un hombre que lo fue todo para El Encuentro: gestor, empresario, director, organizador y Dios me perdona — dueño y señor de cuanto cristo crucificado o por crucificar quedaba bajo su imperio, que era mucho y muy discutido.

El espíritu del Sr. Robustiano —que flota a mis espaldas dispuesta a corregir por vía expeditiva cuanto yo diga— sabrá que, por la cuenta que me tiene, he de ajustarme a verdad e historia. Consta en documentos y prensa de la época que Robustiano Iglesias se consagró en cuerpo y alma a la Orden Tercera y al Encuentro, de forma tal, que llegó a enfrentarse con los poderes terrenales, la curia y el papado para llevar adelante su empresa.

Hermano ministro de la Orden desde 1888, a menos de un mes de su nombramiento reivindicó los derechos pretendidamente usurpados por el señor cura párroco D. Manuel Bouco, sin ceder de ellos nunca, llegando incluso a desembocar la polémica en un año de 1899 sin procesiones y convirtiendo las calles de Vivero en las calles de amargura, especialmente para la clase comercial que perdió sus ventas. Un desastre. Entre el cura y el seglar se cruzaron tantas y tan variadas escaramuzas que, de no haber nacido Guareschi en la Italia de este siglo, hubiese pensado más de uno que la figura inefable de D. Camilo



Santísimo Cristo de la Piedad (Libro Pregón 1954)



Altar que rinde homenaje a los difuntos de la Piedad y sus filiales (Libro Pregón 1957)

y Pepone eran cosa de plagio. Como un Cid exigía justicia; como un Fernando de Córdoba ajustaba cuentas pendientes. Fue y es figura única de la Semana Santa Viveriense y representante máximo de la participación seglar en actos cuaremales. Llegó donde hizo falta y nadie fue capaz de detener su fuego y su juego. Baste con decir que en el año 94 —y después de cuatro años de no celebrarse El Encuentro— sacó a la calle las imágenes secundado de marineros ante el escándalo y la repulsa de sus enemigos liberales que no dudaron en rasgarse las vestiduras ante tamaño atrevimiento. En octubre murió el señor cura. Las crónicas no dicen si a resultas.

Cuatro años más tarde Iglesias cesaba en su cargo y mucho más tarde, en 1926, el Sr. Robustiano subió a la gloria, seguramente a poner un poco de orden y a llevar sus quejas directamente a San Francisco. Es lástima que no podamos extendernos en su anecdotario. Robustiano Iglesias cuenta en su haber con algunas florecillas rayanas en lo inverosímil. Sea como fuere, gracias a él y a los muchos seguidores de su doctrina conservadora El Encuentro se mantuvo libre de contaminación y novedades que pudiesen alterar su esencia. Es el sentimiento güelfo, radical del que hablan los estudiosos del tema. Y es también la regla, la estricta regla, por la que sigue rigiéndose El Encuentro.

Si todo ello no merece una lápica en su muy querida capilla de la Orden Tercera, cáiganse todas las placas, mármoles y bronceos de los ilustres hijos y benefactores de este noble y leal ciudad.

Yo pongo aquí mi estela verbal y humilde y en ella escribo: “Robustiano Iglesias Piñeiro 18— 1926. In memoriam”. Formulada la demanda, evocado el personaje, volvamos a la Plaza. Es Viernes Santo y son las primeras horas de la mañana.

El espacio escénico está dispuesto. Desde una esquina de la alta plaza un sayón de muy negros lutos ajusta su capuz y por los agujeros, como quién mira al público tras el telón, comprueba que todo es correcto. Recibida la señal, emboca el instrumento. Rasga el cielo el sonido de una trompeta, en otro tiempo corneta miliciana y ahora clarín empavesado. Con esto y poco más da comienzo el

cia. Importa y mucho, y mucho más, la entonación de la salmodia que el ropaje. La costumbre y la tradición aceptan el anacronismo indumentario de este juez, que muy acostumbrado anda el pueblo a que le lean sus culpas jueces disfrazados de jueces, revestidos de togas y hopalandas, como para tenerle en cuenta a un señor cura que no vista a la moda del Imperio. La sentencia, con toga o sin ella, es la sentencia. El cantus firmus de la salmodia, prolongando por nueve veces, nueve, los acentos finales, hace la sentencia más terrible y contribuye sobremedera a que el público, el pueblo de fieles e infieles, vea de verdad a Poncio Pilatos. Son prodigios del arte que domina como nadie la casta sacerdotal, artífices de la liturgia, del maravilloso teatro de la liturgia y aún de la liturgia del teatro. Tan es así que puede verse a Pilatos hablando desde lo alto de soberbia escalinata, vistiendo púrpura cesárea, flanqueado de flabelos y pebeteros y guardia armada. A su derecha reza un cartel que es su ley la del Senado y el Pueblo Romano... aunque parezca que dice Santa Bárbara.

Leída la sentencia, y sin interrupción, da comienzo la

Escena segunda

Al Nordeste de la plaza, y por la misma calle en que sonara el clarín, hace su entrada en escena un cristo dolorido y tambaleante. La multitud, congregada mayoritariamente en la parte baja de la plaza se dispone a atender a un tiempo a esta entrada espectacular y al gesto y palabra del predicador.

Mi señor Gómez Manrique viajó poco. Y aunque a la corte de Enrique IV llegaron embajadas del Kan de la Mongolia y se recibieron plenipotenciarios de Bagdad y la luminosa Damasco, mi señor Gómez Manrique no llegó a tener noticia del gamelang javanés, ni del teatro de marionetas de las islas allende Katay. Y es por eso que jamás tuvo conocimiento de la extrema importancia que en estos menesteres del teatro popular tiene el narrador. Si lo hubiese sabido, tal vez, en lugar de su discurso triangular, habría confiado toda la magia a la voz del predicador, como supieron hacer los franciscanos un tiempo más tarde.

A partir de esta escena segunda, acto primero, todo el peso de la obra cae sobre la voz del narrador. A su libre albedrío se deja cuanto haya que decir de lo divino y de lo humano, de nuestras faltas, del dolor del vivir y morir cristianos. Alzará la voz atronando la plaza y buscando efectos y un segundo después y a medio decibelio de la inaudible interpelará al público sobre sus culpas y a las imágenes sobre su destino. Todo le está permitido. Todo,

Acto primero. escena primera

Desea un balcón de la burguesía —siempre el mismo, siempre en el norte escénico— bien elevado sobre las cabezas del pueblo, un cura Pilatos salmodia la senten-

Portadas
libros Pregón
con motivos
de la Piedad años
1947
1950
1951
1955
1968
1991
1994
1999
2015



menos perder el hilo de la historia, por que el ha venido aquí para ser uno más y cumplir con su papel y éste no es otro que repetirle al público —punto por punto— lo que está sucediendo, exactamente lo que está sucediendo. Esta es la clave. La misma clave del teatro de narrador de esas otras culturas lejanas. Reforzar con la palabra lo que la imagen nos presenta.

El narrador conduce el Encuentro como un director su escena. Si es primerizo, y nunca ha visto tal cosa, ha de notarse su vacilación después que vea al Cristo caer, realmente caer, sobre su arqueta. Para la segunda caída no andará repuesto del todo, más ha de seguir adelante con su hablar florido comadrón de emociones. Poco importa lo que diga y las alturas metafísicas a que se remonte. El público de los Misterios Medievales tampoco entendía nada. Era la vivacidad del cuadro lo que les movía al llanto y la purificación.

Acto Primero. Escena Tercera

San Juan, en la cabecera escénica de la plaza, se demora entre gentiles, en un portal de estucos y pesadas puertas labradas, próximo a pócimas y ungüentos. Conjurado por la voz del narrador a hacer su entrada, cruza la escena con paso breve, leve y liviano, girando a un lado y a otro su noble perfil de príncipe danés.

Ondea al viento de la mañana su capa carmesí, tal como no la soñara el hijo de Zebedeo en su reino de los cielos, pesada y grave. Un sayo verde veronés ciñe su figura, desde el cuello manierista, terso y elegante, a sus descalzos pies de apóstol en funciones. Tiene algo de cisne este San Juan.

Aunque el predicador no lo dijere, se ve bien que representa su personaje al amor de amigo. Grande actor este San Juan semoviente, que sin tocar a Cristo le envuelve en sus brazos.

Joven, lampiño, casi un Apolo, como los griegos representaron a Jesús antes de que desde el mismísimo Jerusalén llegase la tendencia, justa y necesaria, de representar al Cristo como un sirio de barba y cabello negros. Así era la imagen de Jesús. Jesús Apolo. San Juan Apolo, por más que esta imagen del Encuentro, feble, casi enjuta, recuerde más bien cualquiera de los paladines del medievo. Tal vez Lancelot.

En el final de esta escena, Juan encuentra a María donde la sabe acompañada de beatas, al filo de la calle principal en el lugar llamado “cantiño de Santiago”. Ambas imágenes una en pos de otra se encaminan hacia el fondo de la plaza al Encuentro con el Cristo. En este

justo momento se alcanza el climax de la escena cuarta. El Encuentro, propiamente, el Encuentro.

Escena cuarta

No hay más pasión que la femenina o ésta es la mayor de las pasiones. Cuando mediado el siglo XV se rompe el equilibrio entre el amor y el sufrimiento y la palabra clave es sufrir el paterismo religioso se torna artificial. La verdadera raíz de tal artificio hay que buscarla en la “Meditaciones sobre la vida de Cristo” de San Buenaventura. Esta franciscano describe en su obra el Encuentro tal y como nosotros los vivarienses lo representamos cada año. Este es el origen de la iconografía ¿Paterismo artificial? ¿Artificio de sufrir varios?. En ningún evangelio se dan detalles, solo San Buenaventura aporta noticias sobre atrezzo, maquillaje, vestuario, escenografía. Aquí en las Meditaciones está todo, todo cuanto necesita nuestra pobra imaginación para recrear el momento. Agradecemos el atrevimiento del franciscano y consuelense los escépticos pensando que sin Amadis, es hartamente difícil recrear mentalmente la figura del caballero andante. Sin las Meditaciones, sin el juego posterior de pintores y dramaturgos, todo habría de quedar en el aire y esta, no lo olvidemos, es una historia terrenal, por eso viste Jesús su túnica morada (cuando ascienda a su gloria será roja) y la Virgen es una ola de terciopelo en su largo manto.

María llora. Mecanismos bien simples mueven sus manos para que su pañuelo de blonda enjague una inexistentes lágrimas. Por más difíciles mecanismos, un público experimentado y conocedor hasta la saciedad de los por menores de la obra, no acierta a enjugar las suyas.

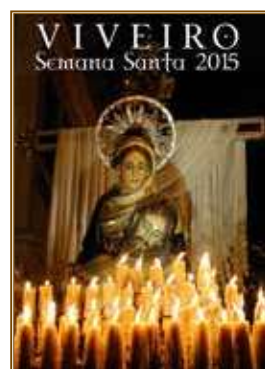
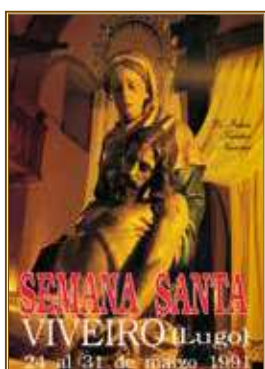
María abraza a su hijo. Pasaje difícil por cuanto el brazo derecho del Cristo tiene articulación limitada. Pasaje difícil por cuanto ambas arquetas han de acoplarse, una sobre otra y congelar la escena breves segundos. A la pericia de los manipuladores se debe el efecto, siempre logrado, de que tal abrazo sea real.

Roto el abrazo, María vuelve a llorar, momento que aprovecha el narrador para conjurar la presencia del cuarto personaje con cuya entrada en escena comienza la escena quinta.

Escena quinta

Del ángulo suroeste de la plaza, por la diestra del narrador, irrumpe el personaje.

El artista la representa como una dama veneciana del



siglo. Manto dorado, tocas de Holanda. El rostro de la bella desconocida, aún siendo esencialmente femenino, es, como ella misma, un rostro en la multitud, el rostro de un personaje anónimo.

Difícil se las tendría el artista si así no fuese y en lugar de la Verónica, fuese llamada a escena cualquiera de las otras mujeres de que se rodeaba Jesús, y no digamos María Magdalena, cortesana de orilla del Tiberiades, peligrosamente bella y con ese toque de distinción y clase que aquí andaría de más. Magdalena, la que tenía siete demonios y era huésped habitual del Palacio de Maqueronte. Magdalena, una dama de la cortesanía. Difícil para esta escena. Como también lo sería darle un papel a María de Betania, hacendosa ama de casa, hermana de un resucitado.

¿Por qué Verónica?. Verónica, Venice, Berenice... demasiados nombres para una mujer sin rostro que lo mismo pasa por ser la hemorroisa en el Evangelium Nicodemi que llena de leyendas toda la Edad Media e irrita al mismísimo Calvino por disponer de una misa a su nombre en el martes de carnaval como reza el misal de Maguncia de 1493. ¿Por qué la Verónica?.

Tal vez por que el autor de la obra necesitaba de la presencia de un personaje insólito, una mujer que no fuese precisamente la Madre de Dios. El autor sabe muy bien que en la época en que se desarrolla la acción clama el Levítico: "Quién toque un mueble cualquiera donde se allá sentado mujer lavará sus vestidos, se bañará en agua y será impuro hasta la tarde". La inclusión de Verónica es un gesto de contestación, un gesto brillantemente feminista. Y hay más...

Verónica guarda entre sus manos, al acercarse al Cristo, un elemento teatral por excelencia: un pañuelo. En este mágico prodigioso ha de quedar impresa la Santa Faz. Un pañuelo de gasa, de lino, tal vez de lienzo, por medio del cual Verónica, simplemente una mujer, se transforma en el primer retratista del Señor. Se llega al Cristo, le sale al paso y, diligente y asistencial pone una vez más en juego la habilidad de los manipuladores. Una secuencia encadenada, a compas, de planos bien medidos, sin saltos, lleva la acción a un mutis perfecto y cargado de efectos.

El predicador explica, sujeto a canon, lo evidente y el pueblo se deja asombrar una vez más por el milagro. En el murmullo del público reside uno de los pequeños encantos de este mutis magistral. Los padres lo explican a sus hijos, las abuelas a sus nietos y el vivariense a los extraños al mismo tiempo que la voz del narrador subraya y carga la acción.

Un papel corto el de Verónica. Uno de esos papeles cortos que llenan la escena y el personaje. A ochenta pasos de la puerta de los Peces, en la llamada puerta del cireneo sucedió el milagro: el rostro se grabó en los tres pliegues y el nombre de Verónica se grabó en la historia.

Escena sexta

Con la escena sexta, segunda caída de Jesús, acabará el primer acto del Encuentro. Antes de caer, el resto de los personajes se le han adelantado camino del mutis total. Puede decirse que está casi solo en medio del público que

sigue atrapado por la palabra del narrador y que contempla esta segunda caída con el mismo asombro que la primera.

En el tiempo en que se gestó la estructura primaria del Encuentro puede decirse que no existía la figura teatral del entreacto. Las representaciones discurrían de principio a fin sin interrupción, tuviese la extensión que tuviese ya que el público estaba muy acostumbrado a largas ceremonias parateatrales.

¿Cómo explicar el inciso que supone la procesión intermedia del Encuentro? ¿Por qué esa larga deambulación de imágenes de un escenario a otro?

En un momento de su desarrollo y casi sin interrupción a la escena sexta del primer acto, toda la representación toma la forma inequívoca de desfile procesional. Una primera explicación, la más sencilla, sería la de distribuir el acto entre dos parroquias. Y una segunda, también viable, la concesión o transigencia con el deseo del pueblo que prefiere casi siempre ver a los santos entre dos filas de devotos. Pero hay una tercera razón, y quien conozca este pueblo lo sabe y siente, y esa razón tercera hay que buscarla en el acendrado sentido matriarcal vivariense. La procesión entreacto que estamos comentando no tiene más nombre que el de "ir a acompañar a la virgen". No al Cristo, sino a su madre. Por el camino más largo, por el que tenga más galerías y ventanas a las que asomar este gesto de solidaridad. Sin redobles, sin cánticos, sin lábaros ni penitentes, a la clara luz de la mañana la procesión tiene más grandeza en su pequeñez que los solemnes desfiles de la alta noche.



Dibujo de Moncho Pernas para el libro *Pregón*, 1956

Segundo y último acto

El escenario ha cambiado. Hemos salido del entorno de galerías románticas, cruzado y ascendido por las estrechas rúas camino de un calvario intangible. Ahora la escena va a tener lugar entre el plateresco conventual de las concepcionistas y el magistral románico de Santa María. Un espacio rectangular muy adecuado a la escenografía. El Cristo se ve obligado a transitar por entre la multitud pegado a ella, pegado a esa masa compacta, a ese mar de rostros por el que se desliza. Nunca más cerca. El público de palco proscenio, el de galería y balcón ha desaparecido. Tras las celosías las religiosas miran y rezan. En la rejería de los ventanales más bajos, los niños anidan como gorriones. Han llegado volando calle arriba desde la otra reja, la que rodea el pedestal del poeta. Otros niños gorriones son alzados a hombros de sus padres en un intento de acercarse más si cabe a las imágenes.

Suena de nuevo el clarín y los tambores mientras la voz del narrador introduce la escena primera del segundo acto. Hay en su voz la misma técnica sugerente, si bien aquí, en este espacio, con mayores ecos y resonancias muy convenientes a la situación ya que a partir de este momento su discurso ha de ir moderándose para alcanzar el justo tono final, no siempre fácil de conseguir.

Cristo cae por tercera vez sobre su falso suelo. Doblan a muerto las campanas por tres veces. La Virgen llora. San Juan y la Verónica, situadas en la derecha de la escena cierran con la Virgen y el Cristo un semicírculo que abraza y es abrazado por el público. La voz del narrador conjura la presencia del Cireneo, que no aparecerá en escena pero que está ahí por acuerdo y convencionalismo entre público y narrador. No es preciso verlo. Está ahí mismo. Ayudando a Cristo a llevar su pesada carga.

Hay muchas cosas en el Encuentro que son de por sí invisibles. Y no por quebrantamiento de leyes físicas, sino invisibles en el mismo grado que en otros teatros son personajes o manipuladores, tales son en el Oriente el No, el Kabuki y el gran teatro de marionetas y sombras javanés. El cireneo —figura simplemente evocada— es tan invisible como los manipuladores de las imágenes.

Al alzarse del suelo el Cristo tras la tercera caída la luz, que ahora le ilumina de frente, pone al descubierto su condición de imagen actor. Su rostro, cejas, pómulos, párpados han sido pintados por el artista con tal técnica que es superponible al maquillaje del actor dramático que ha de marcar su gesto y hacerlo llegar muy lejos y muy visible. Quienquiera comprobarlo no tiene más que acercarse al Cristo del Encuentro y mirarlo como se debe mirar a un Cristo, desde abajo. Nada hay en esa cabeza que perdone la intención dramática, desde el maquillaje comentado, a la corona de espinas, verde, ochavada y en un todo continuo con el pelo como si corona y cabeza fuesen una sola pieza. El efecto que se consigue es el de centrar toda nuestra atención allí donde el artista quiso que la centrásemos: el rostro de Cristo.

“Dejemos que el Cristo siga”, dice el narrador, y cuando parece que toda la representación va a concluir y ya se han puesto en marcha las imágenes el narrador pide al Cristo su bendición.

La segunda y última escena del segundo acto, la escena de la bendición, es una de las notas más características del Encuentro como pieza de teatro religioso. La escena por sí misma se sale del guión, del texto. La norma hasta el momento había sido que la representación de los hechos se ajustase a los mismos, fuese el guión escrito por San Buenaventura o por autor más moderno, siguiendo el evangelio paso a paso.



Presidencia de la Piedad, 1964



Homenaje de la Piedad a las víctimas del 11M, 2004



Colla llevadores de la Piedad 50 aniversario



Banda romana de tambores de la Piedad, 1997



Proyecto José Gorrita



Procesión Pasión, 1967

Representación escueta de los hechos... y no la intrusión audaz del público para pedir a un Cristo que detenga su camino hacia la muerte y acceda a bendecir cuanto la voz del predicador vaya sugiriendo y suplicando.

“Bendice Señor”... y tras la fórmula la teoría de oficios, artes, vocaciones y estados entre los cuales es seguro que se encuentra cada cual muy directamente aludido. Aludido y contemplado aquella mano vacilante que traza en el aire el signo de la redención. También ahora la mano se ve mejor, y no por efecto de la luz. Ahora no.

La comitiva de figuras abandona escena en el mismo orden de aparición.

Cae el telón de los días entre un rumor de rezos antiguos. Duermen las imágenes sueños de altares. Duermen



Procesión Pasión, 1964

las vestiduras sueños de arcas cerradas. Y la ciudad, despierta y laboriosa, se dispone a consumir los trabajos y los días en tanto la rueda del tiempo no le traiga de nuevo su Semana Santa y con ella El Encuentro.

SEMANA SANTA

SOLEMNÍSIMOS ACTOS QUE HABRÁN DE CELEBRARSE DEL 25 DE MARZO AL 1.º DE ABRIL

ENTRE LAS CONMEMORACIONES RELIGIOSAS QUE ANUALMENTE CELEBRA ESTA CIUDAD, DESTACAN POR SU GRANDIOSA MAGNIFICENCIA Y FERVOR RELIGIOSO EN TODA LA REGIÓN, LOS BELLÍSIMOS PASOS DE LA PASIÓN Y MUERTE DE JESÚS

GRANDES DESFILES PROCESIONALES
enriquecidos con la artística imagen del
STMO. CRISTO DE LA PIEDAD

VIVERO

1.945

Hemeroteca

hace 25 años

PUBLICADO EN: "HERALDO DE VIVERO"
25 de abril de 1994;

CULTOS DE LA SEMANA SANTA DE 1994

En la procesión de La Piedad desfilarán diez Pasos

La procesión de La Pasión, que desfila en la noche del Viernes Santo, contará este año con diez Pasos, con motivo de que la Cofradía del Cristo de La Piedad cumple cincuenta años desde su fundación. Este desfile, que en sí ya era el más vistoso de cuantos forman la Semana Santa de Viveiro, en esta ocasión ocupará, prácticamente, desde la Pescadería hasta la Feria, y lo que es toda la Travesía y en él está previsto que participen un millar de personas.

Hoy viernes, a partir de las nueve de la tarde, y en los Claustros de San Francisco, se inauguran las exposiciones sobre fotografía de Semana Santa y de carteles anunciadores de la misma, de Viveiro y de otros lugares de España.

El Pregón de la Semana Santa lo pronunciará, mañana sábado, a las ocho y media de la tarde, en la iglesia de San Francisco, José Cora Rodríguez, primer Valedor do Povo de nuestra Comunidad Autónoma, y cerrará el acto la Coral Polifónica de Viveiro.

El Domingo de Ramos, a las 10,30 de la mañana, se celebrará la Bendición de Ramos y Palmas en la Iglesia de Santa María, con procesión y celebración Eucarística; y a las 12,30 en el atrio de la parroquia de Santiago - San Francisco tendrá lugar también la Bendición de Ramos y Palmas, partiendo a continuación la procesión de La Borriquita y finalizando con celebración Eucarística.

A la tarde, a las 7, y tras la Eucaristía que se celebrará en la iglesia de San Francisco, donde predicará el Sermón el padre Pablo Matanzas, saldrá la procesión del Ecce-Homo, organizada por la JUFRA.

A las siete de la tarde del lunes, conferencia para la juventud, en el salón de actos del Centro de Servicios Sociales. Y el martes, a las ocho de la tarde, la Hermandad de la Santa Cruz organiza un solemne Via Crucis en la iglesia de San Francisco, y a las ocho y media, en la iglesia de Santa María, Celebración Penitencial para adultos.

El miércoles habrá una Celebración Penitencial para la juventud, en la iglesia de Santa María del Campo, a las ocho de la tarde, y a las diez y media de la noche, de la iglesia de San Francisco, partirá el Via Crucis de Hombres con el paso del Cristo de la Agonía.

JUEVES SANTO

A las seis de la tarde, en la parroquia de Santa María, solemne Celebración Eucarística de la Cena del Señor, con participación del Coro parroquial; y a la misma hora, en la parroquia de Santiago-San Francisco, también, Celebración Eucarística de la Cena del Señor, con la participación de la Coral Polifónica de Viveiro. En ambas parroquias habrá lavatorio de pies y traslado del Santísimo Sacramento al Monumento, donde permanecerá expuesto para su adoración hasta la media noche.

La procesión de La Cena, saldrá a las ocho de la tarde de la iglesia de San Francisco, con los pasos de Oración en el Huerto, Flagelación, Ecce Homo, Dolorosa y La Cena; organizada por la Tercera Orden Franciscana.

A las nueve y media de la noche, en la parroquia de Santa María, oración ante el Señor, novena de la Virgen de la Soledad y Negaciones de Pedro, predicando el padre Gaspar Ortega.

A las diez y media de la noche, la procesión de El Prendimiento, partirá de la iglesia de San Francisco, con los pasos de El Beso de Judas y del Ecce Homo. A las once y media, Hora Santa en la iglesia conventual de las Concepcionistas y a la misma hora en la iglesia de San Francisco, Vigilia del Jueves Santo.

VIERNES SANTO

A las nueve y media de la mañana, en la Plaza, acto del Encuentro, que terminará en el atrio de Santa María con la tercera caída del Nazareno, predicando el padre Pablo Matanzas. A las doce, en la iglesia de San Francisco, Sermón de las Siete Palabras, por el padre Santiago Agrelo. A las cinco de la tarde, en las parroquias de Santiago y Santa María Celebración Litúrgica de la Muerte del Señor, y a continuación, en el atrio de Santa María, se celebrará el Desenclavo, predicado por el padre Gaspar Ortega.

A las siete de la tarde, de la iglesia de Santa María, partirá la procesión del Santo Entierro, organizada por la Cofradía del Santísimo Rosario, con los pasos de San Juan, María Magdalena, Cristo Yacente y Dolorosa.

A las nueve de la noche, con motivo del cincuenta aniversario de la Cofradía del Cristo de La Piedad, habrá una magna procesión, de carácter extraordinario, en donde participarán los pasos de La Borriquita, Última Cena, El Beso de Judas, Cristo de la Columna, el Nazareno del Encuentro, el Calvario de las Siete Palabras, La Piedad, Santo Entierro, María al Pie de la Cruz y Virgen de la Soledad. A continuación, en la iglesia de San Francisco, Sermón de la Soledad, y a su terminación procesión Dos Caladiños.

El Sábado Santo, a partir de las doce del mediodía, acompañamiento de la Virgen de la Soledad en la iglesia de San Francisco; a las cinco y media de la tarde, en el salón de actos del Centro de Servicios Sociales, proyección audiovisual sobre la Semana Santa de Viveiro, realizada por José Luis Moar Rivera; y a las diez de la noche, en las parroquias de Santa María y Santiago, Solemne Liturgia de la Vigilia Pascual.

El Domingo de Resurrección, a las diez y media de la mañana, en la parroquia de Santa María, procesión del Encuentro de Resurrección, con misa y predicación del padre Gaspar Ortega.

Doscientos cincuenta llevadores para la procesión de La Piedad

Un total de 250 llevadores harán falta para la magna procesión de La Piedad, que desfilará en la noche del Viernes Santo, con la participación de diez pasos. Para conseguir este número, los componentes de la Cofradía de La Piedad están captándolos entre los estudiantes de los institutos y equipos deportivos, además de transmitir el lema de «dos por uno» para que cada llevador de otros años convenga a un compañero para que participe echando el hombro en esta magna procesión.

Además de los pasos indicados, en la procesión está previsto que participen veinte niñas vestidas de samaritanas, veinte mujeres con mantillas, los romanos del Santo Entierro, veinticinco cruces y un total de veinticinco personas portando cruces y atributos. Los estandartes de cada Cofradía irán precediendo a la imagen que le corresponde, así como los Hermanos Mayores de cada una de ellas, que irán después de la última imagen, la Virgen de la Soledad, y cerrando la procesión las autoridades y la Banda Municipal. Participarán también los cuarenta componentes de la Banda Tau y los tambores de Santa María y de la Cofradía de La Piedad.



Actos y Celebraciones